

quien le hiciste una buena cobija para preservarla del frío, y de la pobre familia á quien pagabas con el fruto de tus economías el alquiler de su casa?

¿Te acuerdas del anciano débil á quien regalaste un cómodo lecho para aislarlo del suelo húmedo, y del pobre enfermo á quien visitabas con tanta fidelidad, llevándole siempre algunas golosinas de que te privabas por él?

¿Te acuerdas del moribundo á quien asististe en su última hora, y de la pobre muger que amortajaste con tus manos?

¿Te acuerdas tú de esto amada mia?..... Tú lo habrás olvidado quizá; pero yo lo recuerdo muy bien y no lo olvidaré jamás!..... *En verdad te digo, todas las veces que has hecho estas cosas con el mas pequeño de mis hermanos, conmigo las has hecho.* Ven amada mia, ven y penetra en mis palacios eternos!

CAPITULO VI

La vírgen cristiana y su parroquia.

Teneis, doncella cristiana, un oficio muy importante que desempeñar en vuestra parroquia, el cual puede compararse el de la hija mayor en una numerosa familia; pues esta, en efecto tiene una verdadera misión que cumplir, siendo muy útil á sus padres que pueden descargarse en ella

de una parte de las ocupaciones que les abruman, y al mismo tiempo prodigando sus cuidados á sus hermanos pequeños, puede ejercer sobre ellos una saludable influencia. Tal debe ser vuestro oficio en vuestra parroquia; y comprendedlo bien: no teneis allí ninguna autoridad; pero estando colocada entre el clero y los fieles, podeis serles útil de mil maneras y ejercer en torno vuestro una excelente influencia, por el buen ejemplo y la abnegación.

I.

DEL ESPÍRITU DE PARROQUIA.

Una parroquia es una gran familia religiosa que tiene á los feligreses por hijos y al cura por padre. El espíritu de parroquia consiste en la piadosa unión de los fieles que la componen, y en su adhesión sincera y su filial sumisión al pastor de esta parroquia y á su clero.

En el nacimiento del cristianismo, los primeros cristianos estaban unidos entre sí por los lazos de la mas perfecta caridad; vendian sus bienes trayendo el precio de ellos á los Apóstoles para subvenir á sus necesidades propias y á las de sus hermanos necesitados. Perseveraban juntos en la oración y la fracción del pan; y su vida estaba reasumida en estas sencillas palabras: *No formaban mas que un solo corazón y una sola alma:*

pues tal es el espíritu parroquial; un solo corazón para amar á Dios y una sola alma para practicar el bien.

Debemos primeramente, respeto y agradecimiento al cura de nuestra parroquia y á sus vicarios: *respeto*, porque los sacerdotes son ministros del Altísimo; y *agradecimiento*, porque gastan su vida en la mas completa dedicación para con nosotros; pues todo lo han sacrificado, las esperanzas del porvenir y las puras alegrías del hogar; no ambicionando por única recompensa mas que el placer de hacernos bien y conducirnos al cielo.

Después de Dios, á nuestros sacerdotes lo debemos todo en el orden espiritual; sin ellos estaríamos privados de la Eucaristía, pues á su voz desciende Jesucristo todos los dias á nuestros altares, y su mano nos distribuye el Pan de la vida: á sus plantas nos arrodillamos para hacer la confesión de nuestras faltas, y ellos nos reconcilian con Dios; desde la cátedra de verdad nos instruyen en la ciencia divina, y en nuestras dudas y nuestras pruebas encontramos en ellos consejo y sostén. A la menor señal acuden al lado del enfermo que padece, y muchas veces interrumpen por la noche su descanso para asistir al moribundo que agoniza; acompañan al difunto á su última morada, y sus oraciones nos siguen mas allá del sepulcro. Nuestros sacerdotes se dan todos á nosotros; su tiempo, su salud, su vida, todo nos pertenece. Y tal vez no pensamos en ello como de-

bemos, ni apreciamos como es justo su abnegación!.....

Debemos amar á los fieles que componen nuestra parroquia, rogar por ellos, é interesarnos en todo lo que les toca, pues no debemos verlos como extraños sino como hermanos.

El niño recién nacido que llevan á las fuentes bautismales, tiene derecho á nuestro amor, porque es un hermano más en nuestra familia parroquial. La fiesta de la primera comunión debe regocijar nuestro corazón, porque es el dia en que nuestros jóvenes hermanos se sientan por primera vez en la mesa de familia. Los dos esposos arrodillados ante del altar, merecen nuestro piadoso interés, pues son los hijos de la familia que se unen para continuar juntos su camino hacia el cielo. Y por último, cuando el sacerdote oficia al lado de un féretro, debemos pedir á Dios por aquel hermano que ya no existe.

Este espíritu parroquial debe guiarnos del mismo modo en la práctica del bien; y así, aunque todos los pobres tienen derecho á nuestra compasión, pero debemos asistir *primeramente* á los de nuestra parroquia: todas las obras de caridad merecen nuestro interés, pero después de las obras generales que interesan á toda la Iglesia y que están recomendadas especialmente por el Sumo Pontífice, debemos sostener *en primer lugar* las de nuestra parroquia.

No os contentéis, doncella cristiana, con mantener en vos este espíritu parroquial, sino haced

cuantos esfuerzos podais para inspirarlo y desarrollarlo en torno vuestro, manteniendo hasta donde os sea posible, la concordia y buena armonía, estableciendo la mas estrecha unión de los corazones.

II.

DE LA IGLESIA PARROQUIAL.

La Iglesia parroquial es como la casa de la familia en donde se reunen todos los hijos de una misma parroquia para orar á su Padre que está en el cielo.

Entrad á esta Iglesia, doncella cristiana, con temor respetuoso, porque es una morada santa, y *El que la habita tiene su trono en los cielos* (1). Las puertas de este tabernáculo encubren los mismos resplandores de los que un solo rayo deslumbró á Moises en el Sinaí y á los Apóstoles en el Tabor. El mismo Dios que derribó á Saulo en el camino de Damasco está allí escondido en el santuario. Verdaderamente *este lugar es santo y terrible, es la casa de Dios y la puerta del cielo* (2). *Hermanas mías, decía Santa Teresa á sus religiosas, deberíamos estar delante de la Eucaris-*

(1) Psalm. X, 9.

(2) Gen., XXVIII, 17.

tía como los bienaventurados están en el cielo delante de la Esencia divina. ¡Ah! si pudiésemos ver á los Angeles que circundan nuestros Tabernáculos! Escuchad lo que dice San Juan Crisóstomo: *Yo mismo he visto á los ángeles adoradores, que estaban como guardias al derredor de su Rey, en actitud del mas profundo respeto, con la cabeza inclinada, los ojos bajos, á la manera de los veinticuatro ancianos que vió el discípulo amado delante del trono de Dios!* Y si tan grande es el respeto de los ángeles que son tan puros, ¿cuál deberá ser el de una pobre pecadora?

Entrad en vuestra iglesia parroquial con confianza, porque es la casa de vuestro Padre. En otro tiempo, cuando vuestro Esposo celestial entró en el templo de Jerusalén, exclamó con noble dignidad. "Esta casa es la casa de mi Padre" (1). Y en esto, *se presentó Jesús en el templo como el Hijo de la casa* (2). Pues vos como esposa de Jesucristo, tenéis también derecho para decir: *Esta casa es la casa de mi Padre: y sois también la hija de la casa.*

Entrad en vuestra iglesia con alegría y con amor, porque es la casa de vuestro Esposo; y estando en la casa suya estareis por consiguiente en la vuestra; pues la casa del Esposo es también la de la esposa.

(1) Joan II.

(2) Boss. Meditaciones.

Amad muchísimo á vuestra iglesia parroquial, y contribuid con vuestras limosnas á su embellecimiento, y si os es posible, empleaos en la decoración de los altares y del santuario. Si vivis en el campo, ocupaos en cultivar vos misma las flores, despojando vuestros jardines para adornar con ellos el santo templo y el altar de la Virgen Maria.

Mirad á vuestro al derredor, cómo las damas del mundo se esmeran en el buen orden y la elegancia de sus salones, gustando de verlos bien decorados, amueblados ricamente y adornados con flores y objetos preciosos; y algunas veces bordando ellas con sus manos los sillones, los tapices y cortinas. Pues para vos, vuestro salón es vuestra querida iglesia; tened cuidado de su hermosura, trabajad con celo en preparar los objetos necesarios al culto, ocupándoos en bordarlos y en coserlos vos misma. Si supiéseis qué tesoros tiene escondidos el buen Dios en los diez dedos de una muger! Pues hacedlos valer con provecho de la casa de Jesueristo.

III.

DE LOS OFICIOS DE PARROQUIA.

Toda familia bien unida tiene sus días de fiesta, y sus horas de reunión, y así la familia parroquial tiene también los suyos, que son sus oficios públicos, durante los cuales se grupa en la

iglesia, bajo las miradas de su pastor, para hacer subir hácia Dios el grito de oración. Estos oficios son muy hermosos para quien los considera á la luz de la fé, y muy queridos al corazón que sabe comprender su piadoso sentido.

1^o *La misa de parroquia.*—Llega el Domingo, y desde que comienza á rayar el alba, se reúne la familia parroquial en el santo templo. El pastor revestido de los ornamentos sagrados, sube al altar y ofrece el santo sacrificio para atraer las bendiciones del Señor sobre sus amados feligreses.

Al terminar el Evangelio, viene á ser la hora de la piadosa plática del padre de familia con sus hijos: allí les dá sus prudentes consejos, les habla de Dios, de sus deberes y termina deseándoles el cielo, donde espera volver á encontrarlos á todos algún día.

El santo sacrificio se consuma y llega el momento de la comunión, que es como la hora de la comida de familia, y todos llegan á ocupar su lugar en la mesa del festín. El padre va á dar á sus numerosos hijos el alimento celestial, que es el Cuerpo del Señor: llégase á ellos teniendo la blanca hostia en sus manos: y entonces todos son iguales, todos hermanos, los jóvenes y los ancianos, los ricos y los pobres, y todos se retiran de la santa mesa llevando al mismo Dios en su corazón. Mas entre estos piadosos convidados, Jesús ha distinguido con alegría á sus esposas; y se ha acercado á las vírgenes con sonrisa mas tierna.

Pero antes de separarse del altar, vuélvese el Pastor por última vez hacia la multitud recogida, y la bendice á nombre de Dios; y esto es la despedida del padre á sus hijos.

2º *La predicación.*—En los días de las grandes solemnidades y durante la semana que las precede, se llaman predicadores extraordinarios á las iglesias parroquiales; tal vez los fieles al oír una voz nueva quedarán mas conmovidos; ¡oh y cuánto bien pueden hacer en esta piadosa asamblea! *Es el campo ya labrado para recibir la buena semilla* (1). Se han visto muchas almas llevadas á una perfecta conversión, y otras elevadas á la mas grande santidad por un solo sermón que han escuchado. Mas lo que dá eficacia á la palabra del sacerdote es la gracia que Dios ha vinculado á ella, y esta gracia, obtiéndela la oración. El resultado de un sermón depende en parte del fervor con que el predicador y los fieles han implorado antes al Espíritu Santo. *¿Sabeis la historia* de aquel célebre predicador que convertía almas á millares? Pues un día se le reveló que ninguna de aquellas conversiones era obra de sus talentos ó de su elocuencia, sino que todas eran debidas á las oraciones de un pobre Hermano, que sentado en las gradas del púlpito se ocupaba en rezar Ave Marías todo el tiempo que duraba el sermón para que hiciese mucho fruto. (2)

(1) Faber. "Todo por Jesús," p. III.

(2) Idem.

Cuando veais al ministro de Jesucristo subir á la cátedra de la verdad, no dejéis nunca de dirigir á Dios una ferviente súplica por el buen éxito de la predicación. Tal vez se encuentre entre la multitud alguna pobre alma extraviada que no espera mas que una oración para convertirse á Dios; quizá se hallan allí también algunas almas tibias á quienes una palabra podría despertar de su apatía. Y vos misma ¿qué, no tenéis necesidad de instruiros y fortificaros? Pedid al Espíritu Santo que fecunde las palabras del sacerdote y entonces la divina semilla germinará en las almas y producirá ciento por uno.

3º *Las vísperas.*—Al declinar el día debe reunirse otra vez la familia parroquial para cantar las alabanzas de Dios. Pero, ¡ay! cuántos lugares vacíos se ven en el lugar santo durante este oficio! ¡Cuántos hijos faltan á la cita! ¡Cuántas veces el Pastor podría repetir con el Profeta: *Los caminos de Sión lloran porque ya nadie viene á nuestras solemnidades! Mientras que Jesucristo no ve á su alrededor mas que un corto número de cristianos fieles, los paseos públicos, las casas de juego y los lugares de recreo, están llenos de una gran multitud* (1). Pues á lo menos vos, doncella cristiana, venid con fidelidad á cantar las alabanzas de vuestro Padre celestial. Dejad á la muger del mundo que cante en suntuosos salones delante de un círculo de admiradores; en cuan-

(1) Durant. Tesoro litúrgico.

to á vos, venid á la casa de Dios á repetir los himnos y los salmos sagrados á gloria de su nombre. *Que los vacíos muchas veces numerosos que veis á vuestro al derredor, exciten vuestra devoción: amad por los que no aman, orad por los que no oran y alabad por los que no alaban.* (1)

El cantar las alabanzas de Dios, es hacer en la tierra el oficio de los ángeles y de los santos en el cielo. Isaías, San Pablo, San Juan y San Ignacio, á quienes el Señor se dignó mostrarles la hermosura del cielo cuando aún vivían en el mundo, todos nos dan noticia de los cantos, de los himnos y coros que allí escucharon.

Cuando resuenen en el templo los cantos sagrados, pensad en el cielo. Dícese que los soldados del ejército frances, al oír el sonido lejano de las campanas en las montañas del Líbano, no pudieron detener las lágrimas; pues les recordaban á su patria ausente, su primera comunión, y á sus parientes sepultados en el cementerio; de suerte que para ellos ese tañido era la voz del país (2). Pues del mismo modo, que el canto litúrgico venga á ser para vos como el eco de la patria celestial. *San Agustín nunca podía escucharlo sin derramar abundantes lágrimas.* (3)

La salmodia sagrada excita en el corazón los mas santos y ardientes deseos: apaga los afectos

(1) Durant. Tesoro litúrgico.

(2) Idem.

(3) Confes.

carnales; disipa los malos pensamientos. Es para el alma como un riego que la fecunda para que dé frutos divinos. A los atletas los reviste de la virtud de la generosidad, de la fortaleza y de la constancia; y en todas las tristezas de la vida es un bálsamo para las almas piadosas. (1)

4º La reserva de la Eucaristía. ¡Qué ceremonia tan tierna es la bendición del Santísimo Sacramento! Es una visita de amistad que la familia parroquial hace al amable Jesús por la bondad con que quiere morar siempre en nuestra compañía; y Jesús para recibir mejor á sus amigos sale de su tabernáculo, se hace exponer en el altar en su custodia de oro, y desde allí mira con amor á los que el amor ha traído á su presencia. Escucha con tierna bondad los cantos y peticiones que cada cual le dirige y para corresponder á estos testimonios piadosos, se digna al fin bendecirlos á todos. ¡Oh escena deliciosa! el clero y los fieles inclinan respetuosamente la frente, y á su lado los ángeles custodios se cubren con las alas, los ángeles del santuario se postran al derredor del altar, y por encima de esta asamblea celestial y humana á la vez, levanta el sacerdote á Jesús que bendice á los ángeles de quienes es Rey, y á los fieles de quienes es amigo. ¡Oh momento precioso para el corazón que tiene fé! ¡Qué favor tan inestimable el ser bendecido por Jesucristo! Y no obstante ¡cuánto descuido en aprovecharse de este be-

(1) San Justino. Q. CVII ad orthodoxos.

neficio! Cuando un rey recorre su reino, todos se apresuran, y á veces aún esperan horas enteras para verlo pasar y tener el honor de aclamarle y ser de él saludados. Y cuando el Rey de los reyes viene á saludarnos y bendecirnos, muchas veces no nos dignamos ni aun tomarnos el pequeño trabajo de salir de nuestra casa y dejar por un rato nuestras ocupaciones ó recreaciones..... Aun cuandouviésemos que andar muchas leguas para recibir la bendición de Jesucristo, seria muy poco para pagar tan grande honor. Mas, ¡oh extraña indiferencia! ó mas bien, desgraciada rutina, que nos habitúa á las ceremonias mas augustas y nos impide el comprender los grandes privilegios que encierran! En cuanto á vos, doncella cristiana, estimad en su justo valor un favor tan singular; llegaos á que os bendiga el Dios á quien amais; pues la bendición de Jesús á una virgen es como una tierna caricia del Esposo divino á su esposa, no de otra suerte que la divina comunión viene á ser el ósculo de su amor. ¡Oh! estad segura que entre los torrentes de gracias que se escapan de su mano, el Señor reserva para las vírgenes sus mejores dones, como nosotros acostumbramos guardar lo mas precioso para los que nos son mas queridos.

Y ahora que comprendéis mejor el sentido piadoso de las ceremonias de la Iglesia, tomad la resolución de asistir siempre á ellas, pues debeis ser un modelo de asiduidad en los oficios de vuestra parroquia. Ocupad en la iglesia un lugar conveniente; no os presentéis con ostentación, pero tam-

poco vayais á ocultaros en los rincones oscuros ó detras de los pilares. *No se enciende una luz para ponerla debajo del celémín* (1). Así pues, ni os mostreis, ni os escondais, sino dejaos ver con toda sencillez, y que vuestro continente modesto y recogido, recuerde á cuantos os rodean que *verdaderamente está Dios en ese lugar* (2)

IV.

DE LAS OBRAS DE LA PARROQUIA.

También debeis prestar la mas activa cooperación á las obras de vuestra parroquia; porque si habeis renunciado al matrimonio ¿no es para poder consagrar vuestra vida á practicar el bien? Pues por esto las buenas obras vienen á ser como los deberes de vuestro propio estado.

Muy bien se comprende el que una jóven destinada al matrimonio, y que mas tarde tendrá que brillar en la sociedad, y deberá procurar agradar á su esposo, cultive con ardor lo que llaman las bellas artes; pero que una doncella cristiana que ha renunciado á las esperanzas de la tierra y que se ha entregado enteramente á Jesucristo sin querer agradar á otro dueño, pase un tiempo *considerable* en esas bagatelas, cuando pudiera em-

(1) Matth., V.

(2) Génesis.